

ANNA HOPE

El salón de baile

Traducción de Héctor Castells Albareda



Duomo ediciones

Barcelona, 2018

Título original: *The Ballroom*

© Anna Hope, 2016

© de la traducción, 2018 por Héctor Castells Albareda

© de esta edición, 2018 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-65-1

Código IBIC: FA

DL B 24280-2017

Composición:

David Pablo

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para John Mullarkey, mi tatarabuelo, 1863-1918.

Y para Dave, quien demuestra cada día que la magia es real.

«El salón tiene tres metros de largo y un metro y medio de ancho, y es un espacio imponente tanto por sus dimensiones como por su disposición. Tiene frisos y cenefas de cerámica de Burmantofts, hiladas voladas y, por encima de todo ello, una serie de ventanas abovedadas, que forman un rasgo decorativo más. Las ventanas están recubiertas de vidrieras de colores como las de las catedrales, sobre las que están pintadas largas ramas de zarzamora en torno a las cuales revolotean los pájaros, y producen un efecto cautivador. El techo está artesonado y sus molduras son de un marrón suave y dorado, ha sido pintado con varios colores diferentes y todos ellos combinan con armonía con las ricas tonalidades de los frisos y de las cenefas, así como con un formidable soportal de madera de nogal. En el extremo opuesto hay un gran escenario con los indispensables bastidores y bambalinas, y un lugar para la banda tras las candilejas.»

Ilkley Gazette, 1882

«El jardín de la humanidad está lleno de malas hierbas..., por mucho que se las cuide, nunca se transformarán en flores.»

Karl Pearson

Prólogo

Irlanda, 1934

EL DÍA ERA claro y cálido. Caminaba despacio, se movía cautelosamente sobre un suelo cubierto de socavones. Las praderas se desplegaban a ambos lados del camino y estaban punteadas por el ganado, que descansaba perezoso bajo el sol. Las flores veraniegas crecían salvajes por entre las grietas del desvencijado muro de piedra. La tierra era verde. Olió el mar desde algún lugar inexpugnable.

Vio la casa al doblar la esquina, provista de sus tres ventanas delanteras. Estaban encaladas. Alguien la había estado manteniendo. A su alrededor había un solar en el que largos tallos de verduras crecían en hileras, listos para ser recolectados. Cerca de allí se levantaba un granero, en el que un hombre trabajaba en lo alto de una escalera; el sonido de su martillo, cristalino en el aire.

Se detuvo. Recobró el aliento. El hombre estaba de espaldas a ella, absorto en su trabajo. Todavía no había reparado en su presencia.

No se había imaginado que se lo encontraría allí. Por alguna razón había pensado que dispondría de tiempo para ver la casa, para intuir su presencia y preguntarse si realmente aquel era el lugar.

Mientras lo contemplaba, mientras observaba la facilidad con que se movía y el vaivén de su brazo mientras trabajaba, se sintió cada vez más asustada.

¿La reconocería después de tantos años? ¿Le daría las gracias por haber perturbado su paz?

Bajó la vista para examinarse. Aquella mañana se había esmerado mucho por vestirse bien, pero de repente todo le pareció fuera de lugar: los zapatos, demasiado apretados; el color de su vestido, demasiado chillón. Su sombrero era demasiado elegante para un día tan cálido. Todavía estaba a tiempo de dar marcha atrás. Él nunca se enteraría de que había venido.

Cerró los ojos, la luz tamizada del sol centelleaba contra sus párpados.

Había esperado ese momento durante demasiado tiempo.

El martillo se había detenido. Abrió de nuevo los ojos y el día le estalló encima.

La había visto. Ahora estaba de pie, en el suelo, mirando hacia el exterior, imperturbable. No pudo leer su expresión. Se le detuvo el corazón.

Elevó la mandíbula. Respiró. No permitiría que la viera flaquear.

Caminó en dirección a la verja y, cuando la hubo alcanzado, abrió los labios y pronunció su nombre.

Libro primero

1911

Invierno-Primavera

Ella

–¿TE VAS A comportar? –resonó la voz del hombre–. ¿Te vas a comportar?

Ella hizo un ruido. Podría haber sido un sí. Podría haber sido un no, el caso es que le arrancaron la manta de la cabeza y jadeó en busca de aire.

Frente a ella se extendía un salón abovedado, iluminado con lámparas. Se escuchaba el delgado siseo del gas. Había plantas por todas partes, y olía a jabón carbólico. El suelo era de azulejos, y se desplegaban en todas direcciones, pulidos hasta resplandecer, algunos en forma de flores, por mucho que se tratara de flores negras. Entonces supo que aquello no era una comisaría de policía y empezó a gritar de miedo, hasta que una joven uniformada irrumpió de la oscuridad y la abofeteó en la mejilla.

–No vamos a tolerar ese comportamiento aquí.

Era irlandesa. Ella Fay echó la cabeza hacia atrás con lágrimas en los ojos, pero sin llorar. Conocía a esas irlandesas. Había montones en el molino. Eran mezquinas hasta el desconsuelo.

Llegó otra mujer y ambas la agarraron por debajo de las axilas y empezaron a tirar de ella en dirección a la puerta. Ella arrastraba los pies, pero la abofetearon hasta que caminó por sí misma. Ambas llevaban sus respectivos juegos de llaves en

la cintura. Tendría que haber veinte, treinta llaves allí, tintineando. La empujaron para que cruzara la verja, la cerraron tras ella y, de repente, se encontraron en lo alto de un pasillo tan largo que era imposible vislumbrar su final.

—¿Dónde estoy?

No hubo respuesta. Solo se oía el bufido del gas, solo se veía el pasillo extenderse. Las mujeres doblaron hacia la izquierda y cruzaron una nueva serie de puertas, siempre sujetándola entre ambas, y se oía la fricción de sus uniformes al avanzar. Todo despedía el mismo y contundente olor a jabón, y había algo más, algo extraño que emanaba por debajo.

Entonces se encontraron con la última puerta y con una habitación enorme que apestaba como una pocilga; allí la arrastraron hasta una estrecha cama de estructura metálica y la arrojaron a empujones contra ella.

—Nos encargaremos de ti más tarde.

Se veían otras camas bajo la luz grisácea, cientos de ellas que descansaban de un extremo a otro. En todas había alguien, aunque no distinguía si se trataba de hombres o de mujeres. Las paredes, pintadas en tonos oscuros, estaban cubiertas por muebles aparatosos. Distinguió entonces las grandes puertas de doble hoja por las que había entrado. Cerradas con llave.

¿Acaso aquello era la cárcel? ¿Tan pronto?

Se agachó sobre la parte superior de la cama, respirando con dificultad. La mejilla le palpitaba. Acercó los dedos para tocarla; tenía una brecha allí donde los hombres la habían golpeado: estaba pulposa e hinchada. Se puso la rugosa manta sobre las piernas. Alguien estaba cantando cerca de allí, era la clásica nana con la que se dormiría a un bebé. Alguien estaba llorando. Otros farfullaban para sus adentros.

Entonces llegó un tarareo. Parecía proceder de la cama de al lado, pero Ella solo veía los pies de la mujer que yacía allí;

las plantas de sus pies parecían de papel adhesivo amarillo, hasta que se incorporó como un muñeco salido de una caja de sorpresas. Era vieja, pero llevaba el pelo recogido en coletas como una niña pequeña. La carne le colgaba de los brazos, flácida y delgada.

–¿Vendrías conmigo? –preguntó la mujer.

Ella se inclinó un poco hacia su interlocutora. Tal vez conociera alguna salida.

–¿Adónde?

–A Alemania –dijo la mujer, con unos ojos húmedos que resplandecían–. Allí bailaremos y cantaremos. –Entonó una canción sin letra con una voz infantil, resquebrajada–. Y entonces, por la noche –añadió con un susurro altisonante–, cuando duermo, mi alma sale, trepa, trepa, trepa, como una pequeña criatura blanca.

En ese momento señaló a Ella y sonrió.

–Pero tienes que dejarla a su aire. Luego vuelve por la mañana, qué duda cabe.

Ella se llevó los puños hasta los ojos, se separó de la mujer y se acurrucó hasta formar un ovillo. Alguien estaba aporreando las paredes.

–Acasaacasacasaquieroiracasaquieroiracasa.

A Ella también le hubiese gustado irse a casa. Solo que ignoraba dónde estaba.

Se quedó despierta toda la noche: no podría haber dormido por mucho que lo hubiese intentado. No solo le ardía la mejilla, sino que tan pronto como alguna mujer dejaba de emitir alaridos, otra la relevaba; todas desgañitándose, llorando y cantando para sí mismas.

–Yéleraelque.

–¿Teencargaríasdelaelectricidad?

–¡Qué tufo! ¡Qué tufo! Mehaasustadomuchoy.

–Pero aquí es, el lugar donde vienen los espíritus.

Conforme el cielo empezaba a aclararse, el coro se hizo más atronador, y la Vieja Alemania, la vecina de la cama de al lado, se reveló como la que gritaba más alto de todas: era como una terrible ave cantora saludando al amanecer. Se oyó un timbre por toda la habitación. Finalmente había movimiento, algo estaba pasando. Vio a una mujer vestida con el mismo uniforme que las mujeres que la habían llevado hasta allí la noche anterior, se incorporó de la cama y caminó a toda prisa hacia el centro de la estancia.

–Tengo que hablar con alguien.

–¿Qué has dicho?

La mujer era rolliza. Su rostro delataba que seguía medio dormida.

–Con alguien que esté al mando.

–Yo estoy al mando –respondió, y se alisó el uniforme por encima de la barriga. Alzó su reloj y empezó a darle cuerda.

–¿Dónde estoy? –preguntó Ella.

–¿No lo sabes? –dijo la mujer.

Le sonrió a la esfera de su reloj como si ambas estuviesen compartiendo una encantadora bromita. Entonces sonó otro timbre más fuerte, fuera de la habitación. El resto de las mujeres empezaron a moverse en tropel y se apresuraron a formar filas. Ella se llevó los pulgares a las palmas de las manos. Por un momento sintió que estaba de vuelta en su trabajo –son las siete de la mañana y todo el mundo está corriendo colina arriba para no llegar tarde, corriendo para que no les descuenten ni un penique de sus pagas– y notó de nuevo el sabor metálico del pánico en la boca. Jim Christy, el encargado, de pie en la verja, listo para cerrártela en la cara cuando den las siete.

–Deberías esperar hasta haber comido algo.

Se dio media vuelta y vio a una chica alta y pálida a su lado.

–Nunca luches con el estómago vacío –dijo la chica, que tenía una sonrisa tan fácil como rápida–. Vamos. –Le tocó el brazo–. Te mostraré el camino.

Se la quitó de encima. No necesitaba amigos. Y mucho menos aquí.

Siguió a la multitud hasta una habitación enorme y retumbante, donde las mujeres tomaban asiento en bancos dispuestos junto a largas mesas de madera. Uno de los lados de la estancia estaba lleno de puertas, y al pie de cada una de ellas había una mujer apostada con su respectivo juego de llaves. El otro lado estaba lleno de ventanas, pero los cristales eran minúsculos, de manera que, aunque consiguiera romper uno de ellos, solo alcanzaría a pasar una muñeca por el agujero.

–A sentarse –le dijeron, y recibió un empujón de una mujer uniformada que caminaba por la sala. Un bol repiqueteó en la mesa que quedaba frente a ella.

–Gachas –dijo la chica pálida, que estaba sentada al otro lado de la mesa–. Hay leche. Aquí –dijo. Alzó una gran jarra, se sirvió un poco y luego le sirvió otro poco a Ella–. La comida no está tan mal.

Una joven de pelo oscuro que estaba sentada a su lado se inclinó hacia ellas.

–Son ratones –aseguró, y señaló en dirección a las gachas–. Los meten en los comederos –dijo. Tenía el rostro gris y hundido y, al parecer, no le quedaban dientes.

Ella apartó su bol. El hambre le daba calambres en el estómago, pero si comía aquí, entonces se le metería dentro. Sería real. Y dondequiera que estuviera en aquel momento, no era real.

–Te has hecho daño en la mejilla –comentó la chica pálida.

–Lo sé.

–Deberías hacértelo mirar –dijo la chica, al tiempo que la deaba la cabeza–. Soy Clem –comentó, y le tendió la mano. Ella no se movió.

–Tus ojos también tienen mal aspecto.

–Están la mar de bien.

–No parece que estén la mar de bien.

–¿Me puedo comer el tuyo? –dijo la mujer-ratón, cuyo aliento le abrasó el brazo a Ella. La joven asintió y entonces la mujer-ratón se llevó el bol hacia ella.

Tendrían que ser quinientas mujeres allí, y el lugar resultaba más ruidoso que el molino con todas las máquinas en funcionamiento. Una señora vieja sentada al otro lado de la mesa le canturreaba a un chal enrollado que mecía entre los brazos. Lo hacía callar, y luego extendía un dedo y lo tocaba. Una mujer uniformada que caminaba arriba y abajo por todas las hileras se quedó frente a la vieja y le dio una palmada en el hombro.

–Deje ya esa porquería y cómase la comida.

La vieja sacudió su cabeza.

–No hasta que el bebé haya comido primero –dijo. Y acto seguido se puso a desabotonarse el vestido.

–No hay ningún bebé –dijo la otra mujer alzando la voz.

Entonces agarró el chal, lo sacudió y se quedó sosteniendo el trapo agujerado.

–¿Lo ve? No hay nada.

–¡Mi bebé! ¡Le has hecho daño a mi bebé! –gritó la vieja, y entonces se dejó caer sobre las rodillas y se puso a escarbar el suelo.

La mujer del uniforme la levantó por el codo. Al momento, más mujeres se sumaron al escándalo, como si alguien les hubiese dado luz verde para desgañitarse. En el instante cumbre del alboroto, se oyó el estrépito de un bol al estrellarse contra el suelo.

—¿Qué pretendías conseguir haciendo eso?

Era la misma mujer inflexible de la noche anterior. La irlandesa. Ella se llevó los pulgares hasta las palmas para sujetárselos.

—¿Quieres que te pongamos la sonda? ¿Quieres la sonda otra vez?

La mujer-bebé sacudía la cabeza de un lado a otro y lloraba, mientras la arrastraban por los pies hasta sacarla de la habitación.

Al otro lado de la mesa, Clem comía con tranquilidad. Cuando hubo terminado, dejó la cuchara junto al bol y cruzó las manos sobre el regazo.

Ella se inclinó hacia delante.

—¿Adónde se la llevan? ¿Adónde han ido?

Clem dirigió la mirada hacia arriba.

—A la enfermería.

—¿Por qué?

—Para que puedan alimentarla a través de una sonda.

—¿Dónde estoy?

—En el manicomio Sharston —dijo Clem. Tenía los ojos de un azul sosegado y constante—. ¿Por qué? ¿Qué te pensabas?

Ella bajó la mirada y se contempló los puños apretados; extendió los dedos sobre la mesa: eran ocho, más dos pulgares. Pero no parecían suyos. Dio la vuelta a las palmas y se las quedó mirando fijamente. Deseaba tener un espejo. Aunque fuera aquel pedazo de basura resquebrajada que tenían al final de los cobertizos de los telares. Aquel por el que se peleaban a codazos los viernes. Incluso aquel. Solo para comprobar que ella misma todavía era real.

Alzó la vista. Puertas. Enfermeras mirándose las unas a las otras como carceleras, todas provistas de sus grandes juegos de llaves.

Manicomio Sharston.